

## DE LAS RAÍCES QUE NOS ENSEÑAN A MIRAR EL MUNDO DE MANERA DIFERENTE

### De la primavera, el verano y el triste otoño del 2002

Se dice que las abuelas son las raíces sobre las cuales conocemos el mundo. Quienes hemos tenido la fortuna de tenerlas, confirmamos esa idea. Mi abuela materna es mi raíz más cercana y mi la paterna me acompañó a comprender del disfrute de la palabra y la conversación en la mesa, pero sobre todo a entender lo que significa un trato digno y humanitario en la vejez. Sus vidas y sus muertes me han hecho preguntarme muchas cosas sobre el bien morir, los cuidados, las necesidades, las sabidurías de los mayores y los aprendizajes que deseo compartir y cuáles desaprender.

Cuando pienso en mi abuela materna, viene a mi mente una mujer de 81 años, con una lucidez enorme, muchos deseos de seguir compartiendo amor y con una memoria que le permitía recordar días difíciles y las fechas especiales para ella, una de ellas, los cumpleaños de hijas e hijos, nietas y nietos.

Mi abuela demostraba su valentía y ganas de vivir, a través de sus actividades diarias: bordar servilletas, preparar deliciosas gelatinas y paletas de arroz, con mucho esmero, pues decía que –yo cuido a las personas que vienen, así que hay que lavar bien los palos de madera y las ciruelas pasas –Muchas niñas, niños, adolescentes y la misma familia, éramos asiduos compradores de los sabores de la abuela. Las anécdotas no escapaban de estas andanzas de sabores, por ejemplo, en una de sus largas caminatas matutinas, se encontraba a una joven llamada Julieta, mi abuela se dirigía a comprar leche y Julieta iba a la escuela, sus caminos se cruzaban varias veces por semana, pronto surgió un cariño, de aquella solidaridad femenina, incluso, Julieta la llamaba abuelita, pues decía que era una mujer muy amorosa con quien se acompañaba para ir a la escuela y sabía que no estaban solas. Bordar servilletas, preparar gelatinas y paletas de arroz, le permitían tener sus propios recursos y no depender tanto de sus hijas e hijos. El

trabajo y el tiempo para otras/os, fueron enseñanzas que compartió con sus hijas, no recuerdo algún aprendizaje relacionado con detenerse, parar u observar, hoy pienso que hubieran sido muy necesarios para que su vida tomara algunos respiros.

Los días difíciles llegaron en mayo del 2002; la abuela presentaba molestias y dolores, pero no los compartía, guardaba ese secreto sólo para ella, hasta que no pudo ocultar más que un dolor cohabitaba su cuerpo.

Sus hijas y mi prima Beatriz la llevaron con varios médicos, recuerdo que fue un peregrinar, un diagnóstico decía que eran sus riñones, otro mencionaba que se trataba de una anemia, uno más decía que era la vejiga y que tenían que operarla. Así siguieron los días, sin tener una respuesta que calmara los dolores de mi abuela. Recuerdo que en ese tiempo había muchas medicinas en su casa, pero nada aminoraba esa molestia, mi abuela decía que de repente llegaba un dolor intenso de lado izquierdo, a la altura del vientre bajo que no le permitía moverse ni pensar y que sólo quería desaparecer.

Mis ajetreados días en la escuela, me hacían pensar que todo iba a pasar pronto y que la abuela estaría muy bien para seguir acompañando a sus hijas, hijos, nietas, nietos, ver crecer a las nuevas generaciones y vivir el momento en que mi madre decidió parar; estoy segura que hubieran tenido muchas aventuras, seguramente habrían dedicado tiempo para ir a la playa, comer en calma y aprender a respirar. Hasta ese momento, no recordaba que un malestar la pusiera en cama por mucho tiempo, sus enfermedades eran pasajeras, nada que no pudiera resolverse con algún remedio casero acompañado de algunas medicinas.

Durante estos primeros meses de visitas a médicos, permanecí como espectadora, mantuve mis límites con la familia materna; empezaba a preguntarme sobre los cuidados a los otros, las exigencias que hacía a la abuela, a mi madre y a mis tías maternas. No podía pasar por alto preguntarme cómo me

relacionaba con la abuela, lo poco que sabía de sus miedos, deseos y sueños y lo mucho que sabía de las cosas que disfrutaba: el campo, las visitas a sus primos/as, las comidas familiares y los días en la iglesia.

En esos días, mi madre dormía poco, se levantaba muy temprano para que el tiempo le rindiera el triple, pues sus responsabilidades habían aumentado, pero ella no quería parar, sólo deseaba tener la certeza de que su madre pronto se recuperaría, pero ¿por qué mi mamá no paraba? y ¿por qué sus hermanos no participarán en el cuidado de la abuela? eran preguntas que empezaban a tocar mi cabeza y que no tenía respuesta en esos tiempos.

Un día aquel dolor fue tan fuerte que mi abuela llegó al hospital Juárez, las tres hermanas estaban esperando noticias de mi abuelita. Mi mamá recuerda aquel día con momentos de impaciencia y de espera, sin saber qué hacer; sin pensarlo, surgieron las redes de apoyo entre mujeres, todas esperando, todas llevando y al final mi prima Beatriz llegó para acompañarlas y llevarles un poco de comida, mi mamá no recuerda el sabor, no tuvo tiempo de pensar si tenía hambre, pero ese momento pasó a su memoria como un gesto de cariño, en medio de esas esperas interminables en el hospital, donde la mayoría son largas y a veces, inhumanas. Mi mamá recuerda que nadie les decía cómo estaba la abuela y por otro lado, ella estaba muy preocupada porque sus hijas estaban afuera esperándola. Finalmente, controlaron el dolor y la dieron de alta, pero aún no se tenía un diagnóstico preciso de por qué se originaba ese dolor. Por la tarde, la abuela ya estaba en su casa, con sus seres queridos; muchos nietas y nietos estábamos presentes, muy felices por su regreso. Esa tarde me recuerdo puntual y feliz por ver a mi abuelita comer y reír, parecía que todo se estaba acomodando y que ella estaba recobrando su salud. Esa reunión familiar fue para mí fue un momento de reflexión individual, que tengo presente como si hubiera sido ayer: yo había estado ausente...no había acompañado... Me daba cuenta que mi apuesta por estar y acompañar en los momentos difíciles a mi abuela, ahí estaba y que quería participar como algunas de las mujeres de mi familia materna. Yo también tenía manos, cariño y tiempo

para acompañar, sobre todo cuando no existen los recursos económicos para destinar esta tarea a una enfermera, recurrir a un espacio de terapia o bien acercarse a un espacio de tanatología.

Las cosas empezaron a cambiar, empecé a acompañar, de manera más frecuente a mi mamá en las visitas a la casa de mi abuela, le leía pasajes de libros sobre novelas mexicanas y le platicaba sobre mis días en la universidad; yo veía a mi abuela paciente y con calma para escucharme, salvo, cuando aquel dolor regresaba; yo me desesperaba, dejaba el libro o lo que traía en mano, no tenía la menor idea de qué hacer y cómo ayudar. El dolor volvía a cohabitar el cuerpo de mi abuela, tomaba vida en su rostro, en sus palabras y en su ánimo, parecía como si los momentos crudos y dolorosos que había pasado a lo largo de su vida tomarán forma justo en el preciso momento en que el dolor le cohabitaba.

Una de las noches más tristes fue cuando mi mamá llegó llorando a casa comentando que la abuela había vomitado y había expulsado algo rojo y con apariencia a podrido, esta situación las alarmó, pues las cosas no mejoraban, al contrario, empeoraban. Mi abuela de 81 años, que aún me parecía que tenía muchos años para aprender a parar y a disfrutar, tenía frente así misma, un momento en que la vida le ponía un alto, pero me preguntaba, ¿podía ser el final de una vida difícil donde mi abuela no escapó de las jornadas amplias de trabajo, de la pobreza y la violencia?

Llegó junio, las lluvias y la magia que se produce al dejar la primavera y tejer todo de color verde. Mi abuela amaba esa temporada, el campo y lo que de éste se producía, pues en el México de 1950, ella vendía los frutos que éste generaba: nopales, tunas, quelites, verdolagas, vainas, tejocotes, elotes y calabazas, para mantener a sus hijas/os, pues quedó viuda con 6 pequeñas/os que mantener, guiar y acompañar. Junto con sus hijas e hijos se levantaban a las 3:00 am para cortar los frutos del campo, algunas hijas cuidaban a los hermanos más pequeños, otros más, se encargaban de limpiar las verduras y acomodarlas. La abuela

acompañaba y enseñaba a sus hijas e hijos cómo hacerlo. Mi madre recuerda que a pesar de los días difíciles que vivían, estos momentos eran muy disfrutables porque estaban con su mamá, no había violencia ni malos tratos, así que las precariedades se iban sobrellevando.

Junio le venía bien a mi abuela, le hacía pensar en la vida, le recordaba sus días en que la energía no se agotaba y podía caminar muchos kilómetros para trabajar y regresar con sus hijas e hijos, pero sobre todo, cuando el dolor no la cohabitaba y le impedía ser ella, moverse, reír y pensar con claridad qué haría al día siguiente.

La noticia de que el campo estaba verde, le ponía inmensamente feliz, en medio de su agonía. El lugar donde ella recolectaba hongos, leña y flores llamadas estrellas, estaba de vuelta con junio, y eso hacía que mi abuela sonriera, era como si de momento aparecieran aquellos momentos en que el amor por el campo le abrazaba. Mi papá tenía la oportunidad de estar en aquel lugar para cuidar a sus ovejas, por la tarde traía muchas estrellitas y se las llevaba a la abuela en un bote, yo recuerdo que ese ramo era enorme y desprendía un aroma cálido y perfumado, ese instante me ponía claro que más personas se sumaban a hacer de los días difíciles de mi abuela, una situación un poquito menos dolorosa, así que, si la abuela no podía ir al campo que tanto amó, las flores le visitaban y su olor le perfumaba los momentos en que el dolor no la dejaba regresar a ser ella.

Antes de que el dolor cohabitara sus días, mi abuela de 81 años, tenía jornadas de trabajo que iniciaban muy de mañana. Sus hábitos de mujer mayor en pleno siglo XXI iniciaban desde las 6:00 am para barrer la calle, encender su veladora a la virgen de Guadalupe, ir por la leche, tomar su tradicional café, regresar para iniciar su jornada de producción de sabores y esperar con amor la visita de algún ser querido. ¿Qué cosas pediría a la virgen de Guadalupe cuando encendía su veladora? Imagino que sería cuidado para sus hijas, hijos, nietas y nietos, ahora quiero pensar que también había peticiones para ella, más allá de sus

preocupaciones. Mis mañanas coincidían con una de estas actividades matutinas de mi abuela y siempre se acompañaba de un buenos días y una bendición para mi caminar, una especie de protección para las complicaciones que la vida pudiera presentarme, me sentía afortunada de tener a mi abuela, era un regalo saber que la vida me sonreía con este encuentro matutino.

Durante estos meses de agonía, recuerdo muchos cuidados dignos, amorosos y humanitarios para mi abuela, mi mamá, la bañaba, le preparaba su comida y le escuchaba. Independientemente de los días difíciles y dolorosos, donde la impotencia fue parte de este proceso, el trato cálido siempre estuvo presente, fueron como gotitas de medicina que, por un lado, le decían a mi abuelita lo amada que era, pero que por el otro, le hacían pedir a gritos algo que calmara el dolor. Sus hijas cuidadoras, no se desesperaron, trataron de mostrar fortaleza frente a ella y ser una mano amorosa con quien tanto les enseñó y les compartió, pero lamentablemente el dolor seguía, se mantenía, no se iba y cada vez se prolongaba por más tiempo, sin tener mayor respuesta que acudir a las inyecciones que dopaban su dolor.

Los días de laboratorios y de exámenes, no paraban, íbamos y veníamos para hacer estudios, acompañar a mi abuela y recoger resultados, pero todo seguía con pocas explicaciones. Una tarde de mayo, le pidieron un nuevo examen, esta vez fue una colonoscopia, mi mamá recuerda que fue un examen muy incómodo y doloroso para su mamá, ella le decía –aguante mamá, ya va acabar pronto –de esos estudios que parecen ser eternos, aún cuando tarden un tiempo que podría ser considerable para otras personas. Todo indicaba que este estudio podía dar mayores elementos e identificar la causa de ese dolor que cohabitaba el cuerpo de mi abuela materna.

La noche más difícil vino cuando mi mamá regresó a casa, después de una reunión con sus hermanas y un hermano, el estudio de la colonoscopia, había sido definitivo para saber lo qué estaba sucediendo, les acababan de confirmar que mi

abuela tenía cáncer en el estomago, las preguntas llegaron por mil en la cabeza de mi mamá, nunca la había visto llorar con esa desesperación e impotencia, olvidé el sueño y mi atención regresó a sus palabras, yo llegue a pensar que la situación era controlable y que se podía solucionar, pero mi mamá me confirmó que era terminal, y que el cáncer estaba muy avanzado, era cuestión de esperar y de buscar medicamentos paliativos para el dolor... Yo me llené de interrogantes, no podía creer que una vida de tanto dolor y sufrimiento tuviera un final tan difícil y doloroso para ella. Me invadía la impotencia porque no encontraba un lugar que pudiera ayudarnos.

Las jornadas de mi mamá volvieron a aumentar de intensidad: trabajaba por las mañanas, iba por sus compras, preparaba la comida para su negocio, hacía la comida para la familia, dedicaba tiempo con su mamá y le pedía al cansancio no llamarla. Recuerdo que regresaba de casa de la abuela con poca esperanza, con mucha desilusión y pensativa, pues sólo tenían que esperar, pero quién define el tiempo, qué significa esperar, cuánto tiempo quiere decir eso... esperar con dignidad, esperar con compañías, esperar con dolor, esperar, esperar, esperar...

Uno de los acuerdos de tuvieron hermanas y hermanos, fue que no le dirían a su mamá que tenía cáncer, una decisión difícil y dolorosa, tal vez esa sea la razón por la cual trataron de no nombrar esa palabra, de evitarla y de querer desaparecerla del lenguaje que mantenían. Mi mamá se limitaba a decirle: –Mamá qué quiere, qué le hago, dígame –la abuela le decía –hija, que Dios me quite este dolor ya –

Pronto las visitas no se hicieron esperar, llegaban familiares cercanos, que nunca había visto, comadritas, vecinas y amistades, yo agradecía los tiempos que le dedicaban, porque veía que mi abuela, desde su cama y su agonía, se alegraba de ver caras conocidas y recordar historias que habían vivido juntos. Algunas personas llevaban fruta, otras cariño y eso, era una medicina para ella.

Las famosas paletas de arroz, las gelatinas y las servilletas bordadas, habían quedado atrás, mi abuela dejó de hacer sus actividades por completo y su salud se fue deteriorando poco a poco. Las semanas pasaron y las llagas se manifestaron en su cuerpo, otro dolor, aunque no tan fuerte, como aquel que se presentaba y que sólo era controlable con una inyección. Era momento de buscar un colchón de agua para hacer menos dolorosas estas nuevas presencias en el cuerpo de mi abuela.

El dolor que cohabitaba a mi abuela se empezó a hacer más frecuente, buscamos opciones: la clínica del dolor, la morfina y más inyecciones que le recetaban para parar el dolor, recuerdo que algunas veces iba en un bochito familiar a recorrer las farmacias y encontrar la inyección que calmara el dolor y otras veces sólo observaba el momento en que mi mamá la inyectaba y le decía: –Ya mamá, ya va a pasar –Mi abuela estaba perdiendo peso, ya no podía comer, nada se le antojaba, ni el caldito de pollo preparado con amor, o el arroz rojo, sólo tenía una expresión de dolor desde su cama y decía –qué me pasa, quiero algo que me quite este dolor –Mi mamá, tratando a toda costa de esconder sus lágrimas frente a ella y dándole fortaleza con cuidados amorosos. Para mi abuela, cosas tan sencillas se habían vuelto complicadas: comer, bañarse, caminar, levantarse, ir al baño, todo era difícil para ella y para quienes la veíamos consumirse por ese infame dolor. En esos días me sumé al grupo de personas que olvidaron la palabra cáncer, era como si también me hubieran pedido eliminarla de mi vocabulario. No quería ni que el aire la mencionara, sólo quería que se fuera del cuerpo de mi abuela y que dejara de sufrir.

Mi mamá llegó a odiar a los doctores, recuerdo oírle decir que no quería saber de ninguno de ellos, pues nadie les daba medicamentos más fuertes, nadie les acompañó en este cierre, todos decían: –así es, así serán los dolores –Ahora repienso, que es necesario tener un acompañamiento, una red de apoyo para enfrentar lo que implica despedirse de un ser amado. Un día mi abuelita, en su desesperación le dijo a mi mamá: –Ay hija, inyéctame algo, que ya no aguanto –

fueron las primeras reflexiones a lo que ahora le llamamos muerte digna, pero que en aquellos días no era una realidad en el minúsculo municipio mexicano en el que vivíamos.

Llegó el día en que mi mamá se dio cuenta que mi abuelita ya no tenía músculo para inyectarla, ella se asustó mucho y pidieron apoyo a una enfermera, cuñada de mi prima Beatriz, para que le ayudara a inyectarla, pues cada vez era más difícil mantenerla en esta vida, entonces vino la pregunta: ¿somos egoístas por querer detenerla?

Mi mamá se enojó con Dios, no entendía por qué si su madre había vivido una vida con tanto sufrimiento, éste no se terminara ni en sus últimos días. Mi madre recuerda: –La vi irse y apagarse poco a poco, sin poder hacer nada. Viví mucha impotencia y coraje porque no pudimos hacer nada, cada día su luz se apagaba. Ver como sufría cada día, me hacía pedir a Dios que tuviera compasión de ella –

Llegó septiembre sin mejorías para la salud de la abuela y con la eterna espera. Mi abuela nunca perdió la lucidez, siempre fue ella, a pesar que cosas sencillas parecían ahora imposibles de realizar. Recuerdo que mi abuela hacía más preguntas de las habituales, yo esperaba que a mí no me hiciera ninguna, pues seguramente no sabría cómo escapar de decir la respuesta que ella quería esperar, pues mi abuela jamás pensó que estaba en los últimos días de su vida. En una ocasión preguntó por qué su amiga María no había ido a visitarla, nadie pudo decirle que su amiga había muerto hacía un mes, también preguntaba por qué su hija mejor no había ido a visitarla durante tres días, mi mamá le decía que se había enfermado, pero mi abuela no les creía, sabía que un secreto cuidaban. Siguieron dándole largas sobre su amiga María y su hija menor la visitó para contarle un dolor inmenso, la pérdida de su hijo de 20 años, parecía que las malas noticias se presentaban y visitaban a la familia.

Mi madre recuerda a mi prima Beatriz preguntando sobre las vitaminas que le colocaban a la abuelita y que permitían mantenerla viva, la respuesta de mi mamá fue: –no más vitaminas, estamos alargando más su dolor –.

Estábamos a un suspiro de iniciar el otoño y ver la caída de los árboles con sus hojas color marrón, apoyadas por los vientos que cubren las calles de un tono amarillo. La vida de mi abuela, se encontraba en esa misma estación. Fue un viernes 20 de septiembre cuando la intensidad de los dolores se presentaron, las inyecciones ya no hacían efecto, mi abuela parecía presentir que tenía que decirnos un hasta pronto, sin querer y sin saber por qué la había cohabitado tan terrible dolor, se fue sin saber que enfrentaba un cáncer terminal. La abuela se despidió de cada una/o de nosotras/os, nos dio su bendición y por ahí de las 10:00 de la noche, cerró sus ojitos para no abrirlos más. Escuchaba llantos, personas ir y venir, yo estaba inerte, no pensaba claramente en lo que seguiría, lo había visto en otros velorios y entierros, pero para mí era el primero que vivía con toda claridad e intensidad. Había que acomodar su cuerpo, limpiarlo y cambiarlo amorosamente para dejar partir su cuerpo.

Esa noche decidí regresar a casa, pero mi mamá se quedó con la abuela, mi prima Beatriz y un hermano, nadie más se quedó, todas/os se fueron. ¿qué pensarían los que se quedaron? Gracias a Angélica, una amiga solidaria de la familia, les enseñó a despedirse de la abuela en el momento más difícil para un hijo/a, acompañar a su mamá en su última noche, sin que ella pudiera verles. Al día siguiente llegaron vecinas/os, familiares y amigas/os para despedirse, ella ya no sabía de este mundo, había partido y el dolor que la cohabitaba, se había despedido, pero ese dolor dejó una enorme herida en quienes vivimos cómo se fue deteriorando el pequeño cuerpo de mi abuelita.

Pronto llegó noviembre, imposible no recordar las actividades previas de mi abuela para *Día de Muertos*: compraba flores, acomodada una sencilla ofrenda donde las veladoras y el agua, no podían faltar, preparaba con anterioridad, el tradicional

dulce de calabaza y tejocote. Ahora se presentaba una enorme interrogante: cómo vivir ese primer *Día de Muertos* sin ella, sobre todo porque mis aprendizajes de esta celebración no eran nada parecidos a los que ella acostumbraba, pues con mi mamá no aprendí esa costumbre, tal vez sería porque recordaba con rencor la muerte de su padre que la había dejado huérfana y con muchas responsabilidades siendo ella una niña de 11 años. Pronto vino a mi mente una de las frases que le decía a mi abuela –había que dar a las personas las cosas en vida –yo creía entender muy bien el significado de la frase, sobre todo en años anteriores a su muerte; solía ocuparla cuando mi abuela me invitaba a acompañarla al panteón, en esas fechas de muertos, recuerdo que iba con su hijo menor, mis primos/as. Yo no solía sentirme incluida de participar, pues pensaba que todo debía darse en vida y no tras la muerte. Un *Día de Muertos* de 1991, ella me dijo –Hija, cuando yo me muera, seguramente no me irás a visitar al panteón –yo le respondí –abuelita, para eso falta mucho y sabes que no soy partidaria de la idea de visitar a los muertos, cuando no lo hacemos en vida –esta frase nunca la olvido, porque entender su partida, después de que ella vivió tantos días de dolor y sufrimiento, me hizo cambiar mi mirada de la muerte y de estas celebraciones, ese diálogo que tuvimos en 1991 cambió por completo a partir del 2002, recuperé las celebraciones y me preparé para visitarla y acomodar su nueva morada con flores. Ahora, sigo pensando que es importante compartir con las personas en vida, entiendo la importancia de las redes de apoyo y he aprendido que las personas no sólo son un intercambio de cosas que una necesita, sino que el diálogo y el aprendizaje mutuo son fundamentales para entender esto que se llama vida. Hoy regresó muy a menudo a saludarla en el panteón, no sólo en esa celebración, sino en su cumpleaños, la fecha de su aniversario luctuoso, el día de las madres, la navidad y más, entendí que la muerte me tocaba de manera cercana y diferente, pero que esta experiencia me hacía más humana.

La muerte de mi abuela fue una experiencia muy dolorosa, reflejada en los ojos de mi madre por mucho tiempo, su partida dejó un vacío complicado de entender y muchas preguntas sin responder. Su muerte fue un duro golpe para entender que

la dignidad se acompaña de diagnósticos acertados, de rutas claras a seguir, de opciones para acompañar un bien morir a una persona y a su familia. El amor, los cuidados y la paciencia, fueron gotas de dignidad, acompañadas de impotencia por no saber qué hacer y a dónde acudir.

Por muchos años el dolor me visita y me hace recordar qué cosas quiero mantener y cuáles desaprender. Quiero continuar con las demostraciones de amor a las otras/os a través de los sabores, pero también con tiempo para escuchar a la otredad, no para dar consejos, simplemente escuchar y regresar algunas preguntas que hagan que la otra persona se repiense y se mire desde otro escenario. También deseo y camino para no vivir para los otros, poner límites, no tomar nuevas responsabilidades buscar espacios para crecer y aprender cosas nuevas. Me encantaría que mis círculos de estudio sean constantes con las mujeres de mi familia, que todas podamos aprender y desaprender, pero sobre todo para reconocer que en esta familia de muchas mujeres trabajadoras, se puede hablar en la mesa, abrir paso a los dolores más grandes, ponerles nombre y tratar de sanar y recuperar la paz interior para buscar nuevos caminos.

Este septiembre se cumplirán 16 años de la muerte de mi abuela, todos los días, pasa por la mente de sus seres queridos, seguramente mi madre es una de las personas que la recuerda frecuentemente. Yo trato de imaginar que se ha convertido en un colibrí que aparece con los días para recordarnos la alegría que debemos tener ante los momentos difíciles, pero también intento recuperar momentos de alegría para que aparezca la abuela, a través de la sabiduría del recuerdo en las anécdotas de mi mamá – había ocasiones especiales cuando mi mamá llegaba de vender, una de ellas era cuando traía bolillos y plátanos maduros, eran momentos de fiesta que significaban que había tenido una buena venta y le había quedado un poco de dinero para comprar algo dulce para sus hijas e hijos –

## **Un trato digno y humano. Mayo del 2015 a mayo del 2016**

Con una mirada diferente de las mujeres y de mis abuelas, recuperé mayor cercanía con mi abuela paterna por ahí del 2009. Años antes, la veía de manera esporádica, cuando permanecía una temporada en casa la tía Ceci, que vivía a escasos 10 minutos de la casa de mis padres, pero siempre me preguntaba por qué a nosotros no nos visitaba, por qué seríamos la última opción para ella, por qué no nos hablaba por teléfono, muchos por qué tenía para ella.

Mi abuela paterna también fue una amante de las cosechas de maíz, cebada, haba, chícharo y de la posibilidad de tener algunos animales en casa para comer y vender. Fue una mujer que nació en 1927.

Aparte de la distancia kilométrica que nos separaba, pues vivía en Tlaxcala, mi papá mantenía una distancia con ella, que de niña me costaba entender, y ahora veía lo difícil que pudo ser para ella convertirse en madre a los 16 años, dejar a mi papá con su abuela, después formar otra familia y alejar más a mi papá de ella. Me pregunto, ¿qué pudo decidir ella en estos tiempos? y ¿cuántas cosas dejó que otros más decidieran por ella, a lo largo de su vida?

Tengo varios recuerdos antes de cumplir los 10 años, siempre con la dinámica similar: cuando había posibilidad de hacer un viaje a Tlaxcala, nos levantábamos de madrugada, aún recuerdo, algunos gallos cantar y un amanecer que aún no se vislumbraba. Subíamos la comida, despensa, suéteres, zapatos y sombreros a la cajuela, sin olvidar los sueños en los bolsillos. Mi papá conducía dos horas en carretera para llegar a su pequeño pueblo, tan tranquilo y colorido, pero sobre todo, con la posibilidad de observar los cielos más azules y el aire frío, en una gran parte del año. Su pueblito, es de aquellos lugares donde disfrutas escuchar el silencio y donde la plática de las personas nunca deja de dar sorpresas. Recuerdo que esos trayectos eran muy emocionantes para mi hermano y para mí, aunque dormíamos una hora, en los asientos traseros, al despertar y estar cerca de

Texcoco, el panorama era diferente: había campos verdes, milpas pequeñas y árboles llenos de pájaros que trinaban, parecía que nos decían que había amanecido y que en poco tiempo llegaríamos a casa de la abuela para correr, brincar, jugar y comer. Cuando llegábamos a su casa decíamos –abuelita, ya llegamos –ella decía –qué bueno hijos –pasen, vamos a desayunar, hay chilaquiles verdes, atole de maíz y frijolitos –Ese mismo diálogo se mantuvo hasta las últimas visitas en que el cuerpo de mi abuela de 89 años, aún no la abandonaba, aún le permitía ser ella.

Uno de los espacios que me permitieron entender mis raíces, fue tener el privilegio de tomar terapia, en un inicio, pensaba que eso era para otras personas, pero no para mí, sin embargo, encontré la oportunidad, después de un momento de crisis. En este espacio, me acompañaron a entender que en la vida se termina por aceptar que nada está bajo nuestro control y que experiencias fuertes, nos sirven para mirar alrededor y aprovechar la abundancia que hemos ignorado. Ahí me ayudaron a preguntarme por qué no paraba, por qué no me daba espacios y cómo entender esta vida sin sacrificios. Una reflexión muy intensa, fue reconocer los aprendizajes que las mujeres de mi familia. Descubrí que mis dos abuelas, mis tías maternas y mi madre me habían enseñado a trabajar, a no parar, a seguir, a tener miedo a la soledad y a experimentar la culpa, pero que también me habían enseñado la justicia, la solidaridad, el apoyo colectivo y a demostrar amor a través de los sabores. Así que los años de distancia con mi abuela y el miedo a sufrir un adiós tan doloroso como lo había vivido con mi abuela materna, ya no sería un impedimento para regresar a disfrutar del campo, sus elotes y la tranquilidad de su cocina. Dejaba atrás aquel diálogo de la infancia en que mi abuela paterna me dijo –hija, tú no me quieres como a tu otra abuela –recuerdo haberle dicho, no es eso abuelita, sucede que con mi abuelita materna paso más tiempo, además ella vive muy cerca de mi casa –traté de hacer una respuesta con los pocos elementos que tenía a la mano con 10 años de edad. De ahí en adelante, recuerdo muchos días en casa de la abuela. Uno de ellos, era la temporada de cosecha, inconfundible el día en que disfrutábamos de los elotes, vaya fiesta que eso era; recuerdo a la

abuela organizando, limpiando elotes y pidiendo pericón, una hierba silvestre, que en esta región, da un sabor inigualable a los elotes. No pasaba por mi mente, ni por la de mi abuela, que las jornadas largas de trabajo, no serían para siempre, que sus fuerzas también se acabarían y que su cuerpo dejaría de responder a ordenes tan sencillas como caminar, hablar y recordar.

Pasando el verano y con la llegada de noviembre, el *Día de Muertos*, era otra tradición en que mi abuela, no paraba, desde la mañana iba al molino y le seguían miles de tareas y de guisos que acababan hasta la noche en que se permitía dormir. Nosotros llegábamos de mañana, mi madre dedicaba horas enteras a la cocina y apoyaba a mi abuela a preparar alimentos para su ofrenda. Todo lo que sucedía en su casa, era un fiesta, había muchas cajas de pan, fruta, veladoras, flores, copal, agua y los tradicionales: chilaquiles, mole, café y pulque, ella iba de su cocina a la sala a dejar sus cosas con la mayor devoción y pensando que sus seres queridos le visitarían, les llamaba y decía su nombre al dejar el platillo. Para mí, eran días de mucha observación y de disfrute, pues en medio de esa tradición, eran días de alegría. Nunca me recuerdo que era un espacio inseguro para mí, me movía en todas direcciones de la casa y mi integridad de niña, siempre estaba intacta. Cuando me disponía a regresar a la cocina, recuerdo a mi abuela activa, cocinando o diciendo qué se tenía que hacer, era como si mi abuela tuviera una energía que nunca se iba a agotar.

En este espacio, pocas cosas se cuestionaban, las mujeres debían estar en la cocina y los hombres haciendo cosas en el campo. Muchos años dejamos de visitar a la abuela, mi mamá decidió no estar más de lo necesario en la cocina y decir que más personas pueden participar en las labores de cocina. Mi abuela cerraba sus ojitos como diciendo, –sí, es cierto, pero yo no puedo decirlo –A pesar de años de no frecuentarnos y hacer llamadas esporádicas a su casa, sus bienvenidas siempre fueron las mismas, siempre con la misma sonrisa al llegar y con la bendición al salir de vuelta a nuestra casa.

El verano de 2013, se tornó difícil para mi abuela, se enfrentaba la muerte de una de sus hijas que siempre le acompañó y estuvo presente. Mi abuela no pudo despedirse de su hija Ceci, una vez más, no supo cómo moverse, las complicaciones de la dependencia económica y de la libertad cobraron sus consecuencias. Su tristeza se hizo notar en sus ojos y en su caminar. Decidió quedarse unos días con su hermana para estar acompañando a la familia y rezar los rosarios, con la idea de estar con su hija. Los olvidos, también fueron parte de este viaje, la recuerdo sin muchos utensilios para sobrevivir esos días de visita. Pude observar lo difícil que era para ella pedir algo tan sencillo como unas sandalias para bañarse. Eran los días de mi primer año manejando, con los miedos que eso me implicaba, pero ella era una de las personas que me animaba a seguir con mis lecciones y confiaba en los trayectos que hacíamos todas las tardes. Para mí fueron 15 días de sorpresas, de mirarla ser ella, pero con la nostalgia de una partida inesperada, su niña ya no estaba, como lo decía ella. Finalmente el tío Mario, la llevaría de vuelta a su casa, esta vez, pasó rápidamente a despedirse y dar las gracias por haberla acompañado y haber compartido los días, la comida y haberle llevado las cosas que había dejado en su casa de Tlaxcala, me dijo –muchas gracias hija –

Con el paso de los años y de vivir la pérdida de sus seres queridos, los años no pasaron en balde, parecía que mi abuelita sólo hacía más lento su caminar, empezaba a usar bastón y no podía dejar sus lentes, eran sus otros ojos para reconocer el mundo. Su cuerpo empezaban a decir que estaba cansado, pero en cada visita me daba cuenta que la abuela no sabía hacer muchas cosas, no sabía usar el teléfono, tomar un taxi, pedir un apoyo o un llamado urgente a sus hijos para mejorar sus condiciones de salud. Recuerdo que en algunas visitas, eran más comunes las lágrimas porque sus hijas/os no la visitaban, porque su hija menor, que vivía en su casa, siempre tenía mal carácter que le hacía discutir con ella todos los días. Para mí, era difícil entender un trato inhumano para con mi abuela, ver sus lágrimas y asentar lo difícil que era para ella romper con los esquemas aprendidos y dejar el mundo privado, al cual muchas mujeres nos han

predestinado y saltar al espacio público para visitar a sus primas/os, recorrer sus tierras, visitar el espacio de adultos mayores o simplemente ir de compras al mercado.

En diciembre de 2013, regresaba de Xalapa y tenía una enorme necesidad de abrazar a mi abuela, así que a pesar que tomamos una carretera equivocada, llegamos de noche a su casa, acababan de pasar las celebraciones características de ese mes, ella nos saludó, desde su cama, muy arropada, porque los fríos en Tlaxcala son muy fuertes y dijo –pasen hijos, qué bueno que ya llegaron, cenem, hace frío, no quiero pararme –fue la primera vez que entendía que el cuerpo de mi abuela no era el mismo de hace unos años. La abrace fuerte y con lágrimas en los ojos le dije –estoy muy contenta de verte, aunque sea sólo un momento, tenía muchas ganas de estar en tu casa –El siguiente año, decidimos regresar cada dos meses a visitarla, pero entendí que mi abuela enfrentaba una nueva realidad, la tristura de género, concepto que compartí con mis compañeras en un taller de mujeres que asistimos a terapia y que para mí, fue la manera de explicarles los momentos que atravesaba. Ahora se aplicaba a otra generación, a la de mi abuela paterna, y era momento de entender y aceptar sus cambios, su cuerpo era más delgado, estaba perdiendo la vista, no podía moverse como antes. Regresé a casa, emocionada de verla y de que me abrazara, pero pensativa en que mi abuela ya no era la misma.

Recuerdo que organizaba visitas más constantes y con apoyo de mi mamá preparábamos la comida o bien organizábamos una visita al mercado con ella y comprábamos cosas para cocinar y comer juntas, el día se iba en un suspiro y mi abuela decía –cuándo vuelven a venir –para mí era muy difícil escuchar esta petición, pues yo quería tener una semana libre para estar con ella, acompañarla, cocinarle, comer juntas y preguntarle muchas cosas, sobre todo aquellas interrogantes que desde la infancia me hacía.

Me encantaba compartir con ella los sabores que le recordaban los años en que ella podía moverse: compraba tlacoyos en el molino, traíamos masa para hacerle atole, preparábamos arroz, comprábamos tortillas, guisábamos habas, y lo que jamás llegamos a imaginar, compramos un centenar de elotes, para que ella nos ayudara a limpiarnos y nosotras a cocinarlos. Mi papá y ella se sentaban en el patio para limpiarlos y disfrutar de esa tarea, parecía como si el tiempo les trajera recuerdos de los días de cosecha y ellos quisieran volver. La cara de mi abuela denotaba felicidad y cuando probaba su sabor, se transportaba a otro mundo diciendo –qué ricos están –Recuerdo que su sonrisa se hacía presente al oler las hojas del maíz, ver sus granos, quitar las hojas y depositarlos en el bote para preparar lo que sería una pequeña elotiza. Creo que ese 2014 comimos con ella elotes de diferentes campos y lugares, hicimos muchos sabores que le recordaban sus días de fuerza y movilidad, días en que los ritmos lentos aún no se apoderaban de su cuerpo.

Ella no tenía fotos a la vista, pero seguramente su memoria recordaba como flash las caras y momentos alegres de su vida. Siempre en su pueblo, con una dinámica tranquila, sus recuerdos, sus amigas del grupo de adultos mayores, sus vecinas de años y una cara de bienvenida que a toda persona le hacía sentirse en casa, mientras la abuela les recibiera. Pero había cosas que me preguntaba, por qué no permitirse salir, exigir y pedir que no hubiera tratos inhumanos para ella en su propia casa. No sé si las nuevas generaciones romperán con estos aprendizajes de quietud, pero lo que tengo claro es que mi abuela tuvo días en que vivió sin miedo: rompió la dinámica de tranquilidad, salió de su casa, comió fuera, no cocinó, salió a tomar café con sus primas, desgranó elotes en horarios nocturnos con sus primas y al final regresó a descansar a casa, segura que había personas que le deseaban un sueño placentero.

Ahora, era necesario entender que las rutinas habían cambiado, todo se hacía despacio y de forma lenta. Ir al mercado, era disfrutable para ella, recuerdo que me había enseñado a comprar en esos locales y a darnos unos permisos de

comer barbacoa los días domingo, un secreto que compartíamos juntas. En sus expresiones de tristura de género, ella decía que nadie había ido a visitarla, yo le ayudaba a llamarles a sus hijos e hijas, algunas veces teníamos respuesta favorable y algunas respuestas eran: –Mamá, he estado muy ocupado/a, pero pronto voy a verte –Yo les decía, pues ojalá sea pronto, no vengan cuando la abuela ya no se encuentre.

Una de las costumbres de la familia paterna es comer pan de fiesta, recuerdo que yo lo había quitado de mi dieta, pero cuando regresé a disfrutar nuevamente de los sabores, fue precisamente con un pan de fiesta, imposible no pensar en mi abuela con estos sabores, precisamente fue en un mes de junio cuando descubrí que la abuela tenía una amistad de comadritas con una señora de edad mayor, que hacía un delicioso pan de naranja en Apizaco. Julio, mes de intenso verano, no le venía mal a mi abuela paterna, porque era su cumpleaños, que pasó desapercibido muchos años en la vida de sus seres queridos, pero que disfrutaba por ser la época de la fiesta del pueblo vecino, el brote de una de sus flores preferidas, chicalote, y ser una temporada de lluvias que eran alimento para el campo. Era un mes frío, pero también colorido. Con emoción escuchaba que la feria ya estaba en todo su esplendor, que había canastas, trastes, fruta y mucho pan, parecía como si en las palabras que una le contase, ella se viera caminando por las calles de Calpulalpan o San Cristóbal. También le emocionaba saber que era la temporada de capulines, costumbre familiar, que aún conserva mi querida tía y primas. Mirar las ciruelas de mi primo o los capulines del día de campo, eran suspiros que podían acompañarla y hacerle regresar chispazos de alegría.

Los días de mi abuela también fueron difíciles, siempre trabajando, cocinando y cuidando a los otros, muchas veces, otras personas abusaron al destinarle mayores tareas domésticas, por ser mujer o robarle lo que por herencia le correspondía. Nunca paraba y por consiguiente, nunca ponía altos o reclamaba, porque así había sido educada. A sus 89 años, me pregunto, qué diría mi abuela con sus silencios o en sus días de tristeza, cómo se sentiría de no moverse, de

perder la vista y de hacerse pequeñita, lograría tener momentos de lucidez o simplemente la demencia senil era tan cruel que ya no recordaba.

En mis vacaciones de 2014, pedí a mis papás hacer maletas y prepararnos para irnos un par de días con la abuela, ella estaba feliz cuando nos vio llegar y más cuando supo que estaríamos unos días con ella. Me di cuenta que la tristura de género se había apoderado de sus emociones, estaba triste por estar sola, porque decía que había tenido muchos hijos y al final no había nadie con ella, porque ya no podía salir como antes a las reuniones con las personas mayores, además no podía ver con claridad y limpiar sus frijolitos o hacer su sopa, es más, ya no veía la televisión. En esos días dediqué tiempo a escombrar su alacena, le dije –abuelita, te voy a limpiar tu despensa –mi sorpresa fue que la mayoría de cosas tenían gorgojos, ya nos servían. Tiré lentejas, frijol, garbanzo, avena, uy, cantidad de cosas que si ella pudiera haberlas visto años antes, jamás hubiera sucedido. Veía a mi abuelita diferente, con pocos ritmos para moverse y con la debilidad que los años hacen en personas mayores.

Me preguntaba qué pasaba con sus demás hijos e hijas, por qué no se organizaban en los cuidados para ella, por qué no pasaba algo similar como había sucedido con mi abuela materna. Por qué no la llevaban a otros médicos, por qué no le dedicaban tiempo, por qué sus primos, primas y amistades no pasaban a dedicarle un tiempo, por qué sus nietos y nietas, a quién ella cuida de bebés y el llamaban mamá, la habían olvidado, por qué pasaba muchos días esperando la visita de alguien. Tenía claro lo que yo podía dar, pero también tenía claro que no podía partirme en tres personas, que podía estar mientras ella fuera ella, pero cuando ya no fuera así, entendería que los días de mi abuela en este mundo se estaban agotando.

Mi última visita fue en diciembre de 2014, recuerdo haberle dicho, –abuelita, no voy a venir hasta la primavera –ella asentó la cabeza y cerró sus ojos, como un gesto característico en ella. Mi reencuentro fue muy doloroso, mayo del 2015,

había dejado de ser ella, incluso, mi papá que había estado en enero de 2015, comentó que así no estaba en su última visita. Pareció reconocermme y lloró, me dijo –hija me abandonaste –Uy, para mí fue muy difícil y doloroso escucharle esta frase, en medio de un estado en que ella ya no era ella, pero tenía momentos en que la cordura regresaba a su cerebro y a su cuerpo. Decía palabras y oraciones que sólo ella observaba en su mundo imaginario, a mi mamá y a mí nos dijo –esta no es mi casa, llévenme a mi casa –pero también mencionaba que había un río y que el agua que entraba al lugar donde ella estaba. No entendía qué había pasado, habían sido sólo un par de meses sin vernos y ella era muy diferente. Por otro lado, no entendía el ritmo de fiesta que tenían en su casa, pues cada 1ro de mayo, hay la costumbre de hacer una fiesta y dar de comer a las personas que les visitan, por motivo de la fiesta del pueblo. Todas las personas estaban ocupadas, una limpiaba, otra cocinaba y otra acomodaba, pero nadie estaba con mi abuela, era como si fuera un mueble, esperando atención. Mi respuesta a lo que observaba es que para ellas, cuando una madre deja de ser útil y se convierte en una viejita con enfermedades, ya no es necesario dedicarle el tiempo necesario o una mejor atención, sino la atención que se pueda y quien lo pueda hacer. Decidimos no quedarnos en lo que aún era la casa de mi abuela, ni participar en la fiesta, sabíamos que mi abuela ya no estaba, ya no era ella.

Un mes después, nos llamaron, la abuela estaba en el hospital, yo lloraba, caminaba de un lado a otro en la casa de mis padres. Fue difícil entender la nueva situación, mi abuela de 89 años, parecía despedirse, en medio de un adiós inhumano y poco digno. La abuela tomó fuerzas y salió del hospital, aún le quedarían muchos meses por estar, pero en qué calidad? Mi siguiente visita pudo observar a una abuelita con mejoría, pero con muchas dificultades para caminar. Sucedió lo que nunca, la abuela usaba pantalones para protegerla del frío. Mi tía Oliva me comentaba que comía y que no perdía el apetito, pero mi abuela ya no recordaba, ya no estaba presente, ya no veía con claridad, ya no nos reconocía, teníamos que decirle quiénes éramos. Ella sufría mucho por no entender este deterioro de su cuerpo, era su nueva forma de estar en el mundo: caminaba poco

y con dificultad, sus músculos y huesos parecían necesitar de hidratación, el paso se hacía lento.

Sus cuidados fueron tomados por su hija menor, con quien vivió una relación conflictiva, que al final de los días les permitió abrazarse en lágrimas, pareciendo despedirse, agradecerse, disculparse y platicarse sus miedos y secretos. Llegó el día en que la abuela no se pudo levantar más, sus ojos despertaban por ahí de las nueve o diez de la mañana, el desayuno parecía llegar por ahí de medio día y la comida al caer la tarde, por la noche un vaso con leche y un pan, parecían ser su compañía. Aunque la soledad era su compañera por muchos momentos del día.

Imposible no recordar los días de claridad de mi abuela, algunos de ellos eran para preguntarse por qué tenía diabetes, cómo debía de cuidarse. Al parecer sus estancias en los médicos eran para tomar medicamentos básicos, sin dieta, sin un acompañamiento integral que le hiciera recuperar la importancia de su cuidado y del manejo de sus niveles de azúcar. Parecía que a su alrededor veían esta enfermedad como la toma de medicamentos y con eso, todo estaría bajo su control. Recuerdo haber sugerido visitas a otros médicos y haber escuchado un – lo vamos a ver –Era claro que la salud de mi abuela no era prioridad.

Uno de sus guisos especiales, eran los mixiotes, platillo característico de la región y preparado en fiestas. Una tarde llegamos con la misma alegría, yo gritaba – abuelita, ya llegué –ella estaba solita en su cuarto, sentada en una silla de plástico, parecía que esperaba que el tiempo avanzara o bien le diera una sorpresa. En la cocina, mi primo Juan, un adolescente metido en las inquietudes de la música, estaba comiendo solo en la cocina, una imagen que me recordó cuán triste se puede pasar una vejez, cuan indolente es el otro que no piensa en tejer una mano solidaria a quien más lo necesita. Mi abuela estaba sola, sin comer y fría de las piernas y las manos. La llamé para comer y le calenté la comida que llevábamos, pero también sabía que no podía girar indicaciones, pues no estaba en mi casa y había hijas/os que tenían que tomar la iniciativa. Para mi primo,

fueron dirigidas algunas preguntas que le hicieran reflexionar que vivía en casa de una adulta mayor y que las personas que tienen una abuela son afortunadas por tener un cariño amoroso que acompaña. A la mañana siguiente, la dinámica era levantarse temprano para desayunar con la abuela, mi mamá hizo una rica salsa verde de molcajete y unos quelites, parecía el desayuno perfecto para ella. Un tiempo más tarde, me di cuenta que la cama de mi abuela tenía un olor que indicaba que las sábanas, tenían por lo menos una semana sin cambiarse, además sus cobijas eran las mismas de hace muchos años. En ese viaje dejé una cobija acolchonada y con poco peso para que le acompañara en sus nuevos días y con un nuevo mensaje –abuelita, si ves que las sábanas están sucias, dile a Oli que las cambie, antes de irse a trabajar –Era como si quisiera dejar en cada visita, un instructivo de qué hacer cuando las cosas se complicaban.

La obsesión de su hija menor por la limpieza, el orden y sus miedos silenciados, dejaron a mi abuela aislada, en medio de la tristura de género y de las pocas posibilidades para pensar y recordar los días difíciles, el día que vivía y quién la había visitado. Ya nadie la visitaba, a excepción de sus hijos/as que llegaban algunos fines de semana, de lo contrario, pasaba mucho tiempo sola, esperando quién la visitara y quién la llevara a lo que ella decía era su casa, pues siempre pedía que la llevaran a su casa.

Pronto las fuerzas fueron acabando, ya no podía caminar ni bañarse. Los cuidados básicos estuvieron en manos de la tía Oliva y su hijo Juan. Parecía que la abuela aún tenía energías, quería regresar a ser ella o por lo menos a tener movimiento y depender lo menos posible de otras personas. Fueron necesarios los pañales, la ropa abrigadora, un cambio de rutina y de lugar para dormir, la abuela no podía quedarse sola por mucho tiempo, pues había tenido dos caídas durante este tiempo en que los días de las abuelas, cobraban otra dimensión.

No podía acompañar como mi dinámica materna me había enseñado, había una distancia de kilómetros que no me permitía visitarla diariamente, pero también se

empezaba a notar una distancia familiar. Mi tía Oliva llamaba en ocasiones para platicar sobre lo difícil y cansados que se tornaban los días con el cuidado de la abuela, la comida y esperar a que el dinero que enviaban sus hermanas, alcanzara, era como si pidiera a gritos tomar un respiro. Me imagino lo difícil que fue para ella tomar esta responsabilidad, esperar apoyos por parte de sus hermanas y que éstos llegarán tarde. Las primeras llamadas de mi tía me dejaban con un hueco en el estomago, pensando en la llamada que diría que la abuela se había ido, después, ese miedo se acabó, entendí que mi tía llamaba para platicar, para que alguien la escuchara y le preguntara cómo estaba.

Llegó mayo del 2016, los ojos de mi abuela se abrían de poco a poco, su cuerpecito pequeño y delgado, no re reconocía con aquel cuerpo fuerte y engrosado que preparaba tortillas de maíz. Recuerdo que al levantar la cobija para darle un masaje en sus piernas, no reconocía la delgadez que le habitaba. Parecía no estar cómoda en alguna posición. Ahora usaba gorra y calcetines gruesos para pasar la primavera, que en su casa, aún no olvidaba que hacía unos meses había pasado el crudo invierno.

La tarde del viernes 6 de mayo, recibimos una llamada, la abuela había ingresado al hospital, pero en esta ocasión no había indicaciones de mejoría, la abuela tenía que regresar a casa y esperar a que su corazón parara. Pronto llegaron sus hijos/as para despedirse. Yo sabía que me despedía en cada visita que hacía y donde observaba que cada vez era más difícil para ella seguir o mantenerse despierta. Esa tarde regresé a casa de mis papás, se aventuraba un fin de semana de movimiento. Pregunté a mi papá si quería verla y despedirse, me dijo – vamos mañana –De repente desperté a las 3:00 a.m, parecía que esperaba una llamada, mi sobrina Daniela, me escribía comentando que mi abuela se había ido. Me pregunté, si esperé demasiado, si debí irme al momento de la primera llamada, el sueño ya no regresó y me quedé despierta hasta el amanecer como en aquellas visitas que hacía en la infancia. Mi mamá se levantó y le dije que mi abuela se había ido, me sugirió decirlo a mi papá, no sabía cómo iniciar esa plática, la tía

Margarita, hermana de mi abuela, también me llamó para darme la noticia y preguntarme si mi papá ya lo sabía, le dije que no, pero que vería en qué momento se lo diría, antes de partir a casa de la abuela. Yo iba y venía, preparaba maletas, despensa y subía cosas al coche. Tomé fuerza y fui al cuarto de mi papá para decirle que Juanita se había ido, observé una mirada de tristeza y silencio. Mi papá no salió de su cuarto en un tiempo considerable y después retomó energía para seguir y esperar dos horas de trayecto. Sabía que la llegada a casa de mi abuela, sería muy difícil, pues también implicaba el reencuentro con una familia muy lejana para mí y a la cual me unía el cariño por mi abuela.

Verla tan pequeña y delgada, me hacía pensar que dormía, como en otras ocasiones, pero era otro momento, me despedía de otra forma. Las preguntas se presentaban: por qué se volvía doloroso este adiós y por qué los ritmos que veía era de personas que limpiaban, acomodaban, caminaban, pero no paraban para compartir lo que este dolor les dejaba.

Una de las mayores herencias que conservaré de mi abuela, es la posibilidad de reencontrarme con otra parte de la familia, su prima y sus sobrinas, a quienes llamó tía y mis primas, nos abrieron el corazón de su casa y el cobijo de su mesa. Redescubrimos con ellas que la posibilidad de compartir y ser familia se abre con distintas tonalidades para platicar, soñar, viajar y compartir sabores. Recuerdo claramente la noche que destinamos juntas con la abuela a hacer gorditas de maíz, vaya que tuvimos que desgranar muchos elotes, pero también tuvimos la posibilidad de cocinar y de disfrutar su sabor con un rico café de Chiapas.

Tengo claro que las visitas a la casa de la abuela, se acabaron a partir de su muerte, pero hay cosas que quiero mantener, como es el cariño por descubrir y viajar con mis tías y primas, cocinar sabores de los días especiales, compartir las celebraciones y el disfrute por las sorpresas del campo: las cosechas de maíz, el chícharo, calabazas y la producción de pulque con sus diferentes tonalidades. Mi

abuela me regaló la posibilidad de coincidir en los días, de hablar de los dolores y de sonreír con los abrazos de los reencuentros.

Vendrá noviembre, sin tristezas, mi ofrenda tendrá unos tlacoyos, chilaquiles y café. Sus enseñanzas y aprendizajes de los días de la vejez, deseo me acompañen para no perder el sentido de humanidad con mis personas próximas a mirarles diferente: mi mamá y mi papá.

**Mariposa al viento**